

¡Qué espresiones tan sencillas y tan comunes, pero qué espresiones tan tiernas para revelar la naturaleza divina, é iniciar á cualquiera inteligencia en los misterios del Infinito! Lo que Platon con todo el vigor de su genio habia apenas percibido, y que bastó para merecerle el sobrenombre de divino, hé ahí que un tierno niño lo balbutirá sencillamente, en términos perfectamente inteligibles para él; porque sabe que tiene un padre, sabe que él es su hijo, sabe que le ama y que es amado de él. ¡Oh profundidad de la revelacion cristiana, tan poco conocida, tan poco admirada, como las maravillas de la creacion, ante las cuales permanecemos insensibles, porque se hallan multiplicadas á nuestra vista, porque se reproducen bajo de nuestros pasos!

Con todo, y aunque espresada en términos sencillos la nocion del Dios uno en la substancia y trino en las personas, descubre inmensas fases para que la ciencia no haya tratado de aprovecharla: así es que se ha apoderado de ella para esclarecerla. Dios ha sido mejor definido y sus atributos han sido mejor esplicados. La naturaleza se ha manifestado bajo un nuevo aspecto: se la ha visto como un inmenso reflejo de la Divina Trinidad, que en cada parte de la creacion ha dejado impresa una señal mas ó menos completa de sus perfecciones. Los cuerpos inertes con su cohesion, retienen el principio de potencia: el animal manifiesta el principio de potencia y de sentimiento: el hombre, hecho á la imágen de Dios, lleva en su alma la triple facultad de la potencia, de la inteligencia y del sentimiento. En la familia se han reconocido los tres elementos constitutivos, el padre, la madre y el hijo; en el Estado la unidad y la triplicidad de los poderes que se equilibran; en la lengua las tres personas, los tres tiempos del verbo y las tres especies de palabras que la constituyen esencialmente, para espresar la sustancia, los fenómenos y la accion. En cuanto á la concepcion del misterio mismo, no se sabia cómo admirar á qué sorprendente elevacion la razon humana, tanto como se ha dejado guiar

por la idea revelada, ha sabido sostenerse en la esposicion que de ella ha hecho.

En un libro, en el que no todas las páginas se parecen á las que vamos á citar, M. de Lamennais describe á la Trinidad bajo estas magníficas imágenes: "Yo veo, dice, como un océano inmóvil, inmenso, infinito; y en este océano tres océanos; un océano de fuerza, un océano de luz, un océano de vida; y esos tres océanos, penetrando el uno en el otro sin confundirse, y no formando sino un mismo océano, una misma unidad indivisible, absoluta, eterna. Y esta unidad era Aquel que es. Y en el fondo de su sér un nudo inefable ligaba entre sí á las tres personas que me fueron nombradas, y sus nombres eran el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo; y habia allí una generacion admirable y completa, un soplo misterioso, viviente, fecundo; y el Padre, el Hijo y el Espíritu, eran Aquel que es. Y el Padre se me aparecia como una potencia que dentro del Sér infinito, uno con ella, no habia mas que un solo acto, permanente, completo, ilimitado, que es el Sér infinito mismo. Y el Hijo se me aparecia como una palabra permanente, completa, ilimitada, que dice lo que opera el poder del Padre, eso que Él es, el Sér infinito. Y el Espíritu se me presentaba como el amor, la efusion, la aspiracion mutua del Padre y del Hijo, animados de una existencia comun, de una existencia permanente, completa, ilimitada, el Sér infinito. Y estos tres eran uno, y estos tres eran Dios, y se enlazan entre sí, y se unen en el impenetrable santuario de su única substancia; y esta union, este enlace eran en el seno de la inmensidad, la eterna alegría, la eterna delicia de Aquel que es."¹

Así es como el Evangelio, haciendo participar por su sencillez á los pobres, á los ignorantes y á los débiles en las mas altas verdades, decuplica las fuerzas del genio, le trasporta mas allá de las mezquinas realidades del mundo, alimentan-

¹ *Palabras de un Creyente.*

do todas las almas con el mismo manjar, apagando su sed en la misma fuente.

Sigamos, pues, paso a paso sus instrucciones celestiales, y escuchémoslas con veneracion y reconocimiento.

Jesucristo llama siempre á Dios con el nombre de *Padre*, y quiere que tambien nosotros le llamemos con este tierno nombre.—“No teneis, nos ha dicho, sino un Padre, que está en el cielo; cuando oreis, decidle: *Padre nuestro*. Él hace lucir su sol sobre los buenos y sobre los malos; no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; porque hay mas gozo en el cielo por la conversion de un solo pecador, que por la perseverancia de noventa y nueve justos. Como el padre del Hijo pródigo, está siempre dispuesto á recibirlos en sus brazos; podeis, pues, importunarlo con vuestras demandas: id, llamad, y Él os abrirá: tened confianza en él; no os inquieteis por vuestro alimento y por vuestro vestido: ¿no sabe bien de todo lo que teneis necesidad? Y si Él alimenta á los pájaros del cielo que no siembran ni cosechan, si revisite los lirios de los campos de una magnificencia que no igualó jamas la de Salomon, ¿cuánto mas cuidado tendrá de alimentaros y vestiros! Él toma bajo su proteccion á los pobres, á los débiles, á los afligidos; estos son sus amigos. Él desea la salvacion de todos los hombres, y para procurársela nada le será imposible. Él puede abrir el cielo á los publicanos y á las pecadoras, y ha amado tanto al mundo que le ha dado á su Hijo único.”

Bajo rasgos semejantes es como el Hijo se describe á sí mismo: “Mi Padre y yo no somos mas que uno, dice: como mi Padre os ha amado, yo os amo: yo soy el buen Pastor, yo conozco á mis ovejas, y doy mi vida por ellas: si alguna se estravía, corro en pos de ella al desierto y la traigo sobre mis hombros: yo doy de buena voluntad mi vida por mis ovejas, y he venido para buscar y salvar á las que estén perdidas. Dejad venir á mí los niños. Venid tambien á mí, vosotros todos los que estais fatigados y agobiados, y yo os

consolaré. ¡Padre Santo! esclama con amor implorando en su última súplica la misericordia divina para la gran familia humana; Padre Santo, yo no ruego solamente por mis apóstoles, sino tambien por aquellos que deben creer en mí, á fin de que todos no sean mas que uno. Como vos, Padre mio, estais en mí y yo en vos, que ellos sean asimismo uno en nosotros. Padre mio, yo deseo que allá donde estoy, los que me habeis dado estén tambien conmigo; á fin de que ellos contemplen la gloria que me habeis dado, porque vos me habeis amado antes de la creacion del mundo.¹”

Jesucristo ordenó á sus apóstoles que enseñasen á todas las naciones no solamente en nombre del Padre y del Hijo, sino tambien en nombre del Espíritu Santo. Este divino Espíritu, que ya habia cooperado al cumplimiento del misterio de la Encarnacion, formando en el seno de la Virgen María el cuerpo y el alma del Hombre Dios, descendió todavía sobre él en el momento en que, despues del bautismo de Juan, el Padre lo reconocia por su Hijo muy amado: momento solemne que la Trinidad habia escogido para manifestar al mundo su participacion completa en la obra regeneradora. Pero en la sucesion del Evangelio el Espíritu Santo se nos presenta siempre como la persona que debe, por la virtud que le es propia, animar, consolidar, desenvolver, perfeccionar esta obra comun á las tres personas. Es del Espíritu Santo de quien el hombre debe renacer; es su poder el que debe renovar la faz de la tierra. Él es quien debe inspirar, sostener, enardecer á los Apóstoles: ellos no reciben el poder de perdonar los pecados, de evangelizar el mundo, sino despues de haber recibido al Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo obrará por sus manos y hablará por su boca.

En la tierna despedida que Jesus les dirigió antes de separarse de ellos, les prometió los consuelos del Espíritu Santo: “Ahora, dijo Él, yo dejo el mundo y me vuelvo á mi Padre; pero yo le rogaré, y Él os dará otro consolador que

¹ San Juan, cap. 17.

permanecerá eternamente con vosotros, el Espíritu de Verdad que el mundo no puede recibir porque él no le vé y no le conoce; pero vosotros le conoceréis, porque permanecerá con vosotros y estará en vosotros. Él os enseñará toda verdad, y os hará acordaros de lo que yo os he dicho; porque Él no hablará de sí mismo, sino que dirá todo lo que habrá oído, y os anunciará las cosas futuras. Él es quien me glorificará, porque recibirá de lo que es de mí, y os le comunicará. Él convencerá al mundo de haber pecado rehusando creer en mí; mantendrá en él la justicia, porque yo me voy á mi Padre y vosotros no me veréis mas; y en ejecutando el juicio pronunciado contra Satanás, probará que el príncipe de este mundo está ya juzgado.¹

Tales son los caracteres generales, caracteres adorables bajo los cuales la revelacion evangélica nos representa las tres personas divinas, la Santa Trinidad que los cristianos aman, veneran é invocan llamándola el Buen Dios.

Después de habernos ilustrado tan admirablemente sobre el misterio de Dios, Jesucristo arroja también su luz celestial sobre el misterio del hombre. Todos los grandes problemas humanitarios, cuya solucion, desnaturalizada por las religiones, habia buscado en vano la filosofia, se resuelven por el Hijo de Dios en el curso de sus predicaciones.

Pero las cuestiones mas interesantes y las mas inaccesibles, las cuestiones que se refieren á las relaciones de Dios con el hombre, sobre la creacion, sobre la libertad, sobre el origen del mal, sobre la inmortalidad del alma, sobre los castigos preparados á los malos y las recompensas reservadas á los buenos, reciben en la corta y sencilla parábola del *Sembrador* una respuesta tan maravillosa, que no se podría suponerle otra, no solamente porque fuese aceptable á la razon humana, sino también porque no fuese absurda. Aun el Evangelista hace preceder la explicacion de la parábola de esta prediccion del Profeta, que aplica á Jesucristo. "Yo

¹ San Juan, cap. 14 y 16.

abriré mi boca para decir parábolas; yo publicaré cosas que han estado ocultas desde la creacion del mundo."

En efecto, cada una de esas palabras divinas, contienen para el que sabe comprenderlas, algunas de las verdades fundamentales que esplican á Dios y al hombre; las relaciones de Dios con la humanidad, y las de la humanidad con Dios; descubriendo así el misterio de nuestra naturaleza, de nuestra existencia y de nuestro destino presente y futuro.

Del mismo modo que desconocian á Dios, los antiguos, desconocian al hombre. Ellos no sabian qué pensar de este sér extraordinario ni cómo definirlo. Unas veces enorgullecidos al reconocer el poder de sus facultades y de sus medios, le deificaban; otras, desconcertados á la vista de sus debilidades y de sus miserias, le tomaban aversion y le ponian á nivel de los animales: jamas conocieron claramente lo que era el hombre, de dónde venia, ni adónde iba; jamas, por consecuencia, pudieron trazarle con una mano segura la senda que debia seguir, ni infundirle la esperanza de conducirle un dia á sus verdaderos fines. Ahora ¿qué es el hombre segun el Evangelio? Dios es su padre, él, pues, es hijo de Dios. ¿Qué cosa mas es el hombre? Tiene otro padre; ha venido á ser hijo de Satanás. Dios y demonio, hé aquí al hombre: grandeza y bajeza, nobleza y miseria, verdad y mentira, virtud y vicio, ciencia é ignorancia, fuerza y debilidad. ¿Y esto es todo el hombre? No: hay un hombre nuevo, que crucificando al hombre viejo, debe renacer en él; porque el Verbo ha sido hecho carne, y ha habitado entre nosotros, lleno de gracia y de verdad; y ha dado á todos aquellos que le han recibido, á aquellos que creen en su nombre el poder de volver á hacerse hijos de Dios, desprendiéndose de la mancha de la sangre, de los deseos de la carne, de la voluntad perversa del hombre, para recibir un nuevo nacimiento de la voluntad divina.

Mucho tiempo ha estado el hombre bajo el yugo del mal, pero no permanecerá en él para siempre. Jesucristo ha pro-

clamado el gran principio de la perfectibilidad humana; principio desconocido antes, y que despues se ha desarrollado hasta venir á ser un dogma popular. Este principio de perfectibilidad no admite límites, no reconoce otros á la perfeccion que el infinito, que Dios mismo; porque está escrito: "Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial.¹"

Jesucristo no ha querido con estas palabras inspirarnos una vaga esperanza de perfeccion imposible; no ha querido arrojarnos en ilusiones quiméricas que halagasen nuestro orgullo y que sirviesen de atormentarnos con deseos insaciables, y en fatigarnos con esfuerzos impotentes: lo que ha querido realmente es que la humanidad, viajero incansable, se adelantase sin cesar hácia un mejor porvenir, con la certidumbre de descubrir siempre mas bellos horizontes, con la noble ambicion de conquistar siempre mas grandes destinos.

Antes de enseñar Jesucristo á los hombres sus deberes particulares, les ha trazado una regla general de conducta, les ha espuesto el principio fundamental, segun el cual debian dirigirse hácia el progreso. Esta regla y este principio difieren enteramente, debemos confesarlo, de la regla y del principio nacidos de la razon pura, y adoptados con absoluta exclusion por los reformadores modernos. Estos han admitido como principio esencial y casi únicamente civilizador, el desarrollo de las artes, de las ciencias y de la industria, el aumento del bienestar; estimando esto como un medio suficiente para la mejora de las costumbres. Mas adelante examinaremos los resultados posibles de este fatal error: por ahora nos contentaremos con esponer simplemente el principio evangélico.

Lejos de preconizar antes de todo los intereses materiales, Jesucristo los coloca al último, y nos asegura que el ocuparse exclusivamente de ellos es como menos se le sirve, que dando sobre ellos la prioridad á los intereses morales.

¹ San Mateo, cap. 5.

"Ninguno puede servir á dos amos, dijo: no podeis servir á Dios y á las riquezas. No os inquieteis ni digais: ¿qué comerémos? ¿qué beberémos? ¿de qué nos vestiremos? Solo los *paganos* y las gentes del *mundo* son los que buscan todas estas cosas, porque vuestro Padre sabe que teneis necesidad de ellas. *Buscad primeramente el reino y la justicia de Dios, y lo demas os será dado con abundancia.*¹"

¿En qué consiste este reino y esta justicia de Dios sobre la tierra? En el cumplimiento de la voluntad divina. *Adveniat regnum tuum; fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra.* ¿Pero cuál es la voluntad divina? Es que el hombre se deje guiar en todas sus acciones, no como un esclavo por el móvil del temor, sino como un sér moral, por el móvil mas dulce y mas fuerte, mas delicado y mas atrayente, por el móvil del amor. El amor debe ser causa, medio, objeto supremo en los designios evangélicos. "Amaréis al Señor, vuestro Dios con todo el corazon, con toda el alma, con todo el espíritu; este es el mas grande y primer mandamiento. Hé aquí el segundo, que es semejante á aquel: Amaréis á vuestro prójimo como á vos mismo. Toda la ley y los profetas se reducen á estos dos mandamientos."²

Sigamos entretanto el corolario en el pormenor de nuestros deberes hácia Dios, hácia nuestros semejantes, y hácia nosotros mismos.

Si debemos amar á Dios con todas las potencias de nuestra alma, ¿cómo deberémos honrarlo? "El tiempo va á venir y aun ya ha venido, responde Jesucristo, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque tales adoradores son los que el Padre exige. Dios es espíritu, y es necesario que los que le adoren sea en espíritu y en verdad.—¡Hipócritas! dice en otro lugar con referencia á los judíos: de vosotros es verdaderamente de quien ha profetizado Isaías: Este pueblo me honra con los labios,

¹ San Mateo, cap. 6; San Lucas, cap. 12.

² San Mateo, cap. 22.

pero su corazón está lejos de mí; y el culto que ellos me rinden es vano y frívolo, *pues que ellos enseñan máximas y disposiciones humanas.*" Orando recomendaba á sus discípulos: "No afectéis hablar mucho, como hacen los paganos; porque ellos imaginan que por sus largos discursos obtendrán lo que piden: no los imitéis, porque vuestro Padre sabe de lo que tenéis necesidad antes de que le pidais nada. Hé aquí cómo debéis rogar: Padre nuestro que estais en los cielos, que sea vuestro nombre santificado, que llegue vuestro reino, y que se haga en todo vuestra voluntad lo mismo en la tierra que en el cielo. Dadnos hoy el pan de cada día, y perdonad nuestras ofensas lo mismo que nosotros perdonamos á los que nos han ofendido; no nos abandoneis á la tentación, y libradnos de todo mal.¹"

Después de Dios quiere que amemos á nuestros semejantes. Veamos de qué modo debe manifestarse este amor.

Jesucristo comienza por establecer el dogma de la fraternidad universal: "Vosotros sois todos hermanos, porque no tenéis más que un solo Padre que está en el cielo."² De este dogma divino, en otro tiempo desconocido, emana desde luego un nuevo orden social. Si está prescrito dar al César lo que es del César, como á Dios lo que es de Dios; si el servidor no debe estimarse en más que su señor, éste á su turno no deberá hacer sentir su superioridad, y aun evitará las fórmulas que la hagan recordar demasiado. "No tomeis el nombre de amo, porque no hay verdaderamente más que un amo que es Cristo."³

El orden gerárquico está conservado, pero no debe descansar sobre el orgullo y el imperio de la fuerza. Habrá todavía grandes y primeros, pero con una condición que templará todo lo que la autoridad ó la elevación de la clase puedan tener de humillante para los inferiores. "Vosotros sabéis, que los príncipes de las naciones, dominan sobre ellas,

1 San Juan, cap. 4, y San Mateo, caps. 15, 7, 21 y 6.

2 San Mateo, cap. 23.

y que los potentados tratan á sus súbditos con imperio. No debe ser lo mismo entre vosotros; porque aquel que quiera ser el más grande y el primero, vendrá á ser el servidor de todos; porque yo mismo no he venido para ser servido, sino para servir y dar mi vida por el rescate del género humano. En verdad os declaro que los últimos serán los primeros, y cualquiera que se eleve será abatido, y cualquiera que se humille será elevado.¹"

Lo mismo que la sociedad, la familia que es el primer elemento vuelve á su constitución natural. Los esposos son iguales: la mujer no es ya la esclava, sino la compañera libre del marido. Los hijos son un depósito sagrado del cielo, rodeado de una protección particular. Entretanto, la autoridad del padre y de la madre recibe una nueva consagración.—"¿Es permitido, preguntaban los fariseos á Jesucristo, para tentarle, es permitido á un hombre despedir á su mujer?" Y él les respondió: "Desde el principio del mundo Dios no creó más que un solo hombre y una sola mujer;" y añadió: "Hé ahí por qué el hombre dejará á su padre y á su madre, y se adherirá á su mujer; y ellos serán ya dos en una sola carne. Que el hombre, pues, no separe lo que Dios ha unido. Cualquiera que despide á su mujer y toma por esposa á otra, comete un adulterio respecto á la primera; y si una mujer deja á su marido y se casa con otro, ella comete el adulterio."²

Ved además con qué solicitud, con qué ternura conmovió el Hijo de Dios á los niños, esos pobres seres que las leyes bárbaras entregaban en cuerpo y en alma, como un vil animal, al capricho interesado, brutal ó insensato de los padres.—"Dejad venir á mí los niños, dijo, y no se los impidais, porque el reino de Dios es para aquellos que se les parecen. Si alguno recibe en mi nombre un niño, es á mí mismo á quien recibe. Guardaos bien de despreciar

1 San Mateo, cap. 20.

2 San Marcos, cap. 10.